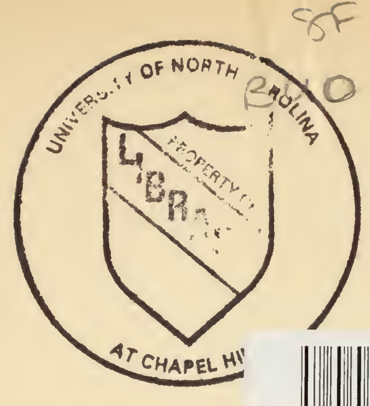
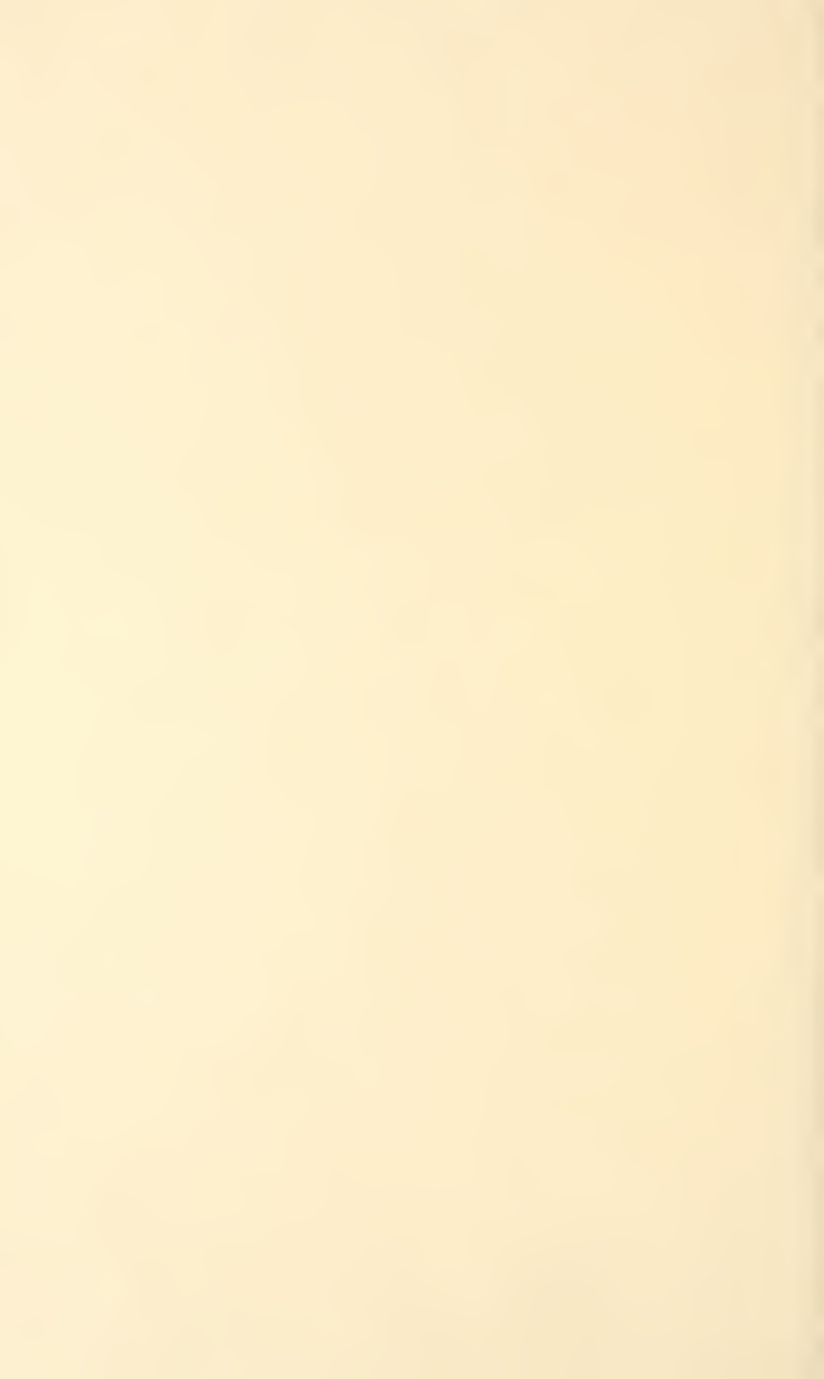





a 00002 34007 8


LUX
LIBERTAS



Ramo de rosas

9382

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Ariza



MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ.

Calle del Rubio, número 14.

16

EL RAMO DE ROSAS.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS,

POR

ARIZA

DON JUAN DE ARIZA.

Estrenado en el teatro del Drama el 27 de Setiembre de 1851.



N.° 159.

MADRID—1851.

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.



SEÑOR DON MARIANO ROJAS.

Querido Mariano: como muestra de la amistad que le profeso, dedico á usted EL RAMO DE ROSAS; drama de escasísimo mérito, que tendrá alguno para usted por ser afectuosísimo recuerdo de su buen amigo.

Juan de Ariza.



PERSONAS.	ACTORES.
D.ª ISABEL DE SANDOVAL. . .	D.ª Teodora Lamadrid.
JUANA.	D.ª Cristina Osorio.
D. BERNARDO DE ARECHACA.	D. Joaquin Arjona.
D. LUIS DE ANDRADE.	D. Manuel Osorio.
D. ANTONIO DE SANDOVAL. . .	D. Enrique Arjona.
PEPE.	D. Manuel Nogueras.
RAMON.	D. Pedro Maffei.
CRIADOS.	

La escena pasa en una quinta no muy distante de Deva.

Epoca del 16 al 17 de Agosto de 1851.

ACTO PRIMERO.

Una gran alameda, cuyos árboles cruzan las copas formando arcos: en el fondo la fachada de un edificio con un gran mirador y un gran pórtico: á los lados calles de árboles y cuadros de flores: algunos asientos de piedra.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, *sentada y melancólica, deshoja una rosa distraida.* JUANA *la contempla con interés.*

JUANA. Yo creia, señorita Isabel, que me cumpliria usted su palabra.

ISABEL. Perdona. Estaba tan profundamente distraida, que no habia reparado en tí.

JUANA. Profundamente triste, deberia usted decir.

ISABEL. Es cierto. Hoy es sábado, y mañana me llamará esposa don Bernardo.

JUANA. El domingo pasado debió usted recibir las bendiciones, y está usted soltera todavia.

ISABEL. Gracias al feliz accidente que causó mi mortal desmayo.

JUANA. Quién sabe si ese mismo accidente...

ISABEL. No quiera Dios que se repita, pues nos pondria á todos en ridículo. Ademas, como mi padre y el coronel creyeron que la humedad de la madrugada habia ocasionado mi indisposicion, han resuelto que nos desposemos en esta quinta, en vez de hacerlo en la capilla de la Vírgen.

JUANA. Pero, señorita, por qué no manifiesta usted á mi señor su repugnancia hácia esta boda?

ISABEL. Porque está empeñada su palabra y dado mi consentimiento.

JUANA. Pero cuando usted se comprometió no estaba enamorada de otro. Dígalo usted asi á su señor padre, y puede ser que...

ISABEL. Imposible, Juana, imposible! Cómo he de decirle que amo, cuando yo misma no sé á quién amo y me echo en cara mi inesplicable fantasía? Cómo he de decirle: «Yo ví una tarde de mayo á un hombre reclinado y triste en las verdes márgenes del Tajo...» Cómo decirle: «Yo leí en sus ojos, grandes y apagados, el sufrimiento y la amargura. Yo adiviné que su frente estaba abatida bajo el peso de sus tristísimas memorias.» Cómo decirle: «Un tierno niño, que jugaba alegre sobre el césped, cayó, rodó y desapareció en las aguas. Lancé un ¡ay! levantó el hombre la cabeza: me preguntó con una mirada la causa de mi sobresalto: le indiqué con mi trémula mano el sitio en que el niño se ahogaba; y se arrojó al rio, despues de haberme dado las gracias con una ligera inclinacion. Aquel hombre, que un momento antes parecia débil y abatido, desplegó un vigor y una energia difíciles de sobrepujar. Venció en cortos momentos la resistencia de las corrientes; se apoderó con brazo fuerte del niño, que iba á perecer sin remedio: y un momento despues lo puso en el regazo de su madre. Aunque entre ellos y yo corria el Tajo, oí las bendiciones de la madre. Cuando el hombre pudo desprenderse de sus brazos, me dirijió una mirada ardiente, y desapareció entre los árboles. Yo hubiera querido averiguar el nombre de tan intrépido nadador; pero debió marcharse de Aranjuez, porque no volví á verlo, ni la pobre madre tampoco. Sin duda temia que lo persiguiera la gratitud de dos mujeres.» He de decir esto á mi padre?

JUANA. Por qué no? Es una historia muy interesante y que

puede ponerse en un libro. En Madrid no volvió usted á verlo?

ISABEL. Una sola vez. Salia yo de un baile, él entraba, y nos cruzamos en las antesalas. Al verme se animaron sus ojos; dió un paso, como si intentára saludarme; pero se alejó sin dirijirme la palabra, y como si huyera de mí.

JUANA. Despues lo vimos en el Escorial; pero á gran distancia, porque él andaba por la cornisa cuando nosotras por el coro.

ISABEL. Tambien debió reconocerme; porque fijó en mí su mirada, y tanto se inclinó hácia la iglesia, que temí por su vida.

JUANA. Pocos dias despues volvimos á verlo en Vitoria.

ISABEL. Y cuando el domingo pasado nos dirijíamos á la capilla de la Santa Vírgen, apareció sobre la punta de la roca, ocasionando mi desmayo.

JUANA. En cuanto á que era él no tengo duda. Dificilmente se encontrará otro tan aficionado á encumbrarse.

ISABEL. Pues ya ves con cuánta razon estoy triste y desesperada.

JUANA. Vamos á cuentas, señorita. Si usted se resigna á casarse con don Bernardo, debe olvidar á ese caballero, que se deja ver á tanta altura: y si está resuelta á esperar que se acerque mas á nosotras, diga usted clarito á su señor padre que está enamorada...

ISABEL. Ya te he dicho que no le confesaré jamás tan absurdo amor.

JUANA. Y se casará usted el domingo?

ISABEL. Me casaré mañana y lloraré toda mi vida.

JUANA. Pues empiece usted por enjugar esas lágrimas, porque se acercan mi amo y el señor coronel.

ISABEL. Vámonos, Juana.

JUANA. Ya es muy tarde.

ESCENA II.

DOÑA ISABEL. JUANA. DON BERNARDO. DON ANTONIO.

ANTONI. Aquí tenemos á Isabel. Cómo te encuentras, hija mia?

ISABEL. Así, así, papá.

JUANA. La señorita no está buena.

BERNAR. Cómo ha de estar buena si no se distrae, no pasea, no come...

ISABEL. No tengo apetito, y me cansan mucho los paseos.

BERNAR. Yo no estraño que se fastidie usted aquí. Ha pasado todo el invierno y la primavera en la córte, y seguramente Madrid debe ser mas entretenido que las montañas de Vizcaya. Cómo ha de ser! Lo poco que queda de verano se pasará pronto, y el invierno nos refrescará en esa córte que tanto echa de menos. Está usted conforme?

ISABEL. En qué?

ANTONI. No has oido la propuesta del coronel?

ISABEL. No, por cierto. Estaba distraida.

BERNAR. Está usted siempre distraida.

ISABEL. Como no estoy buena.

BERNAR. Es verdad.

ISABEL. Si ustedes me dan su permiso, me retiraré á ver mis flores.

BERNAR. Cuídese usted mucho, Isabel.

ANTONI. Alégrate un poco, hija mia.

ESCENA III.

DON BERNARDO. DON ANTONIO.

BERNAR. Sabe usted, señor don Antonio, que me tiene un tanto preocupado la indisposicion de Isabel.

ANTONI. A mí tambien me tiene inquieto la dolencia de mi querida hija.

BERNAR. Pues á mí lo que mas me inquieta es que dudo mucho de esa aparente enfermedad.

ANTONI. Qué dice usted?

BERNAR. Señor don Antonio, yo soy muy franco, terriblemente franco, y no sé disfrazar mis pensamientos por nada ni nadie del mundo. En algunos momentos imagino que la dolencia de Isabel es una invencible repugnancia á darme su mano de esposa.

ANTONI. Señor don Bernardo...

BERNAR. Yo no tengo razones que apoyen formalmente esta cavilosidad mia; pero cuando un corazon franco y enérjico ama, como ama el mio á su hija de usted, y este

corazon abriga dudas... yo no diré que tenga razon, pero es posible que así sea.

ANTONI. Quisiera tranquilizar á usted, y me parece que he de lograrlo en pocas palabras. A principio del año pasado tuvo usted la atencion de pedirme la mano de Isabel; yo, que me consideraba honrado con semejante peticion, contesté que no dispondria de su mano sin su espreso consentimiento; y que creyéndola muy jóven, no debería realizarse su matrimonio hasta que cumpliera diez y ocho años. Usted consideró muy justas mis observaciones; consulté á mi hija, dió su asentimiento y fijamos la boda para el dia en que cumpliera su décimo octavo aniversario. Si Isabel hubiera tenido esa repugnancia que usted teme, no era dueña de manifestarla, sin esperar de parte de su padre ni reconvenciones ni quejas?

BERNAR. Así debia ser; porque ni usted es un tirano, ni yo un salteador de mujeres. Pero es el caso que despues de nuestro compromiso, ha pasado su hija de usted un año en la córte: en ese Madrid sobredorado, en el cual se encuentran pocos corazones generosos, pocas almas nobles y pocas conciencias tranquilas; pero en cambio se ven jóvenes muy atildados, muy parlanchines y melosos. Quién sabe si en esas sociedades de gran tono habrá conocido Isabel á algun monigote perfumado, que le haya hecho aborrecer al hombre tosco, pero honrado, de las montañas de Vizcaya!

ANTONI. Puedo asegurar á usted que mi hija no ha manifestado predileccion hácia ningun jóven de la córte.

BERNAR. Pues ¡ vive Dios! que si anda en la danza algun presumido mequetrefe y yo puedo echarle la vista encima, se ha de acordar del santo de mi nombre, y no le han de quedar ganas de volver los cascos á doncellas que estén comprometidas con hombres de mis puños y mi calibre.

ANTONI. Cálmese usted, señor don Bernardo, que no encuentro el menor motivo para tales cavilaciones.

BERNAR. Bien necesito refrescarme; pues ¡ vive Dios! que esas cavilaciones, como usted las llama, me hacen sudar mas que los siete años de guerra civil y los siete mas de emigracion. Pero, cómo ha de ser! paciencia. Lo que no han conseguido Mina, Córdoba ni Espartero, lo está logrando una muchacha de diez y ocho años. Daria yo ahora mis tres galones y mis dos cruces laureadas por no haber conocido á esa niña...

ANTONI. Si usted cree que no ha de ser feliz casándose con ella, desde este momento queda libre...

BERNAR. Qué está usted diciendo? Quién ha dicho que no seré feliz con ella? Y aunque lo creyera, puedo acaso renunciar á llamarla mia? Renunciar á su mano para que otro viniera á pedirla: y despues el coronel del primero de Vizcaya tendria que mirarla en brazos de ese hombre! No hablemos mas de esto; pues de lo contrario voy á decir mil disparates. Estoy sofocado; necesito aire, y campo y libertad. Ramon!

ESCENA IV.

DON BERNARDO. DON ANTONIO. RAMON, *que viene en traje de caza y trae en la mano dos escopetas y un zurron.*

RAMON. Presente.

BERNAR. Has adivinado mi deseo. (*Ramon hace un signo afirmativo.*)

ANTONI. Va usted á cazar como de costumbre.

BERNAR. Ponme el zurron. Dame la escopeta. Hasta despues, señor don Antonio.

ESCENA V.

DON ANTONIO.

Pobre coronel! Está ciegamente enamorado de mi hija, y ya que no puede tener celos de ningun hombre, porque nadie viene á esta quinta, se ha formado un ente imaginario que le persigue y atormenta. Qué locura! Isabel no ha preferido á nadie en la córte; no ha coqueteado con ninguno; ha estado séria y reservada... Sin embargo, quiero preguntarla... Pero no; tomaria queja de don Bernardo, y se aflijiria. En cuanto al coronel, mañana se desposa, y mañana acaban sus cavilaciones. Si mi Isabel tuviera algun secreto, ya se lo habría confiado á su padre... Pero tambien yo empiezo á soñar como el coronel? Olvidemos tales quimeras... Quién es?

ESCENA VI.

DON ANTONIO. PEPE.

PEPE. (Malo; he dado de manos á boca con el padre.) Soy yo, señor.
ANTONI. Y quién eres tú?
PEPE. Como su merced verá, yo no soy del pais.
ANTONI. Se conoce.
PEPE. Yo tengo un amo.
ANTONI. Y tu amo te envia...?
PEPE. No, señor. Mi amo ha venido á tomar baños á Deva, y yo he venido con mi amo. Me comprende usted?
ANTONI. Sabes, hombre, que cuanto mas hablas menos te entiendo.
PEPE. Será porque yo no me esplico.
ANTONI. Bien puede ser.
PEPE. Pues, señor, yo vine con mi amo...
ANTONI. Pero quién es tu amo?
PEPE. (Si digo la verdad, puede sospechar de mí: mintamos.) Mi amo es un general con sesenta inviernos á la espalda y mas de veinte cicatrices.
ANTONI. Adelante.
PEPE. Pues como iba diciendo, mi amo está en Deva.
ANTONI. Ya lo has dicho dos ó tres veces.
PEPE. Mi amo ha hecho aquí toda la guerra contra don Cárlos.
ANTONI. Adelante.
PEPE. Mi amo conoce todas las provincias palmo á palmo, y todos los dias monta á caballo y da unos paseos asombrosos.
ANTONI. A qué vienen los paseos de tu amo?
PEPE. No son los paseos de mi amo los que han venido, sino yo.
ANTONI. Ya veo que eres tú el que has venido.
PEPE. Pero yo he venido á causa de los paseos de mi señor.
ANTONI. Eso es otra cosa.
PEPE. Mi amo montó á caballo al amanecer, y me dijo: «Mira, Pepe.» Yo me llamo Pepe.
ANTONI. Sea enhorabuena.
PEPE. Pues señor, mi amo me dijo: «Mira, Pepe, á las

ocho en punto de la mañana estarás en la fuente del Fresno, y me esperarás hasta que llegue. »

ANTONI. Pues has cumplido bien sus órdenes. La fuente del Fresno dista de aquí dos leguas largas.

PEPE. Y ya serán mas de las ocho?

ANTONI. Y mas de las doce tambien.

PEPE. Ya lo decia yo. Pues es el caso que estoy andando desde las seis; que he perdido el camino, que no sabiendo como ir á la fuente del Fresno, ni mucho menos como volverme á Deva, muerto de sed, de hambre y de fatiga, he venido á esta hermosa quinta, en busca de algo que comer y de un guia que me lleve al camino de Deva.

ANTONI. Por fin he logrado entenderte; y se conoce que tú no has hecho aquí la guerra como tu amo.

PEPE. Yo no hago guerra, y mucho menos por aquí. Paces quise hacer con una aldeana, y me pegó tal bofeton, que todavia tengo esta mejilla un palmo mas alta que la otra.

ANTONI. Desgraciado has sido, pobre Pepe! Voy á llevarte á la cocina, para que te maten el hambre y la sed: y despues que hayas descansado, te daré un guia que te lleve á Deva sano y salvo. No es eso lo que te conviene?

PEPE. Eso se llama hablar como un libro: y doy á usted un millon de gracias.

ANTONI. Pues ven, tunante, á la cocina.

PEPE. (Comienza á llamarme por mi nombre.)

ESCENA VII.

DON BERNARDO. DON LUIS, *con el brazo derecho en cabestrillo y andando con dificultad.*

BERNAR. Apóyese usted en mi brazo.

LUIS. Muchísimas gracias, coronel. Tengo las fuerzas necesarias para sostenerme; y ademas hemos llegado, segun veo, á su casa de usted.

BERNAR. Debo manifestarle ahora que esta quinta no me pertenece; pero se encontrará usted en ella como si estuviera en su casa.

LUIS. Sentiria mucho incomodar con mi presencia.

BERNAR. Nada menos, amigo mio. La casa es grande, y su

dueño, don Antonio de Sandoval, uno de los hombres mas honrados, bondadosos y francos...

LUIS. (*Ajitado.*) Don Antonio de Sandoval?

BERNAR. Le conoce usted por ventura?

LUIS. No tengo el honor de conocerlo.

BERNAR. Ha pasado el invierno en la córte, y no tendria nada de estraño. Pero estamos perdiendo el tiempo, y debemos apresurarnos á buscar dentro de la casa los auxilios que necesita su estado de usted.

LUIS. Un momento. Repito que no quisiera dar la menor incomodidad á una persona á quien no he tenido el gusto de tratar; y por lo mismo preferiria tomar el camino de Deva.

BERNAR. Eso es imposible; absolutamente imposible. En buen estado se encuentra usted para andar dos leguas!

LUIS. Yo aseguro que las andaré. No hay imposibles para una voluntad firme y resuelta.

BERNAR. Pero no quedamos conformes en que vendría usted á esta quinta?

LUIS. Creí que era de usted; y no temí deber un favor mas á quien ya debia uno tan grande.

BERNAR. Señor don Luis, yo puedo mandar en esta casa como en la mia, y no permitiré que lleve á cabo ese inconcebible capricho.

LUIS. No negaré que es una estravagancia; pero...

BERNAR. Aquí está el dueño de la casa y...

ESCENA VIII.

DON BERNARDO. DON LUIS. DON ANTONIO.

ANTONI. Muy pronto ha dado usted la vuelta. Servidor de usted, caballero. Pero qué es esto? Un brazo herido. Vamos adentro, enviaré á llamar á un cirujano, y haremos todo lo posible para que no le falte nada.

LUIS. Agradezco á usted tantas y tan finas atenciones, pero me siento bastante fuerte y esto no es nada.

BERNAR. No por cierto. Ha dado usted una caida verdaderamente mortal.

ANTONI. Pero cómo ha pasado todo?

BERNAR. Yo salí de aquí, como usted sabe, y me dirijí rec-

tamente al *Salto del Venado*: apenas habia pisado la la esplanada que se estiende á la derecha de la roca, cuando ví venir un caballo á todo escape, que se dirijia al precipicio. El ginete que lo montaba, ó no procuraba ó no podia detener su veloz carrera; yo estuve esperando algunos momentos á que torciera su fatal rumbo; pero viendo que tocaba el borde del abismo, y que vacilar un solo instante era renunciar al único remedio, apunté á la sien del caballo, disparé y el bruto cayó muerto á dos pasos del precipicio.

LUIS. Quedando yo deudor de la vida á este bondadoso caballero.

BERNAR. Debe usted la vida á su buena suerte; pues, aunque soy certero tirador, bien sabe Dios que al disparar me temblaba el pulso y temia no herir al caballo ó emplear la bala en el ginete.

ANTONI. Lo que hubiera sido para todos una verdadera desgracia.

BERNAR. Ya lo creo. No es nada agradable tener sobre la conciencia la muerte de un hombre, aunque haya sido sin quererla.

ANTONI. Olvidemos la posibilidad de una desgracia, que se ha evitado felizmente, y pensemos en que descanse este caballero. Vamos adentro, pero antes voy á presentar á usted mi hija, que debe andar por aquí cerca en su predilecto jardin. Isabel, Isabel!

BERNAR. Va usted á conocer á un ángel.

LUIS. Sí.

BERNAR. A un ángel que no tiene igual.

ANTONI. Isabel!

ESCENA IX.

DON BERNARDO. DON LUIS. DON ANTONIO. DOÑA ISABEL. JUANA.

ISABEL. Mande usted, papá.

ANTONI. Te presento este caballero...

ISABEL. (*Apoyándose en Juana.*) Ah!...

ANTONI. Qué tienes, hija mia?

BERNAR. Qué tiene usted, Isabel?

ISABEL. Nada.

LUIS. Esta señorita se ha sorprendido y afectado al ver mi brazo.
ISABEL. Usted es...
LUIS. Yo soy Luis Andrade.
ISABEL. El que salvó la vida á un niño en el real sitio de Aranjuez. (*Pausa.*)
BERNAR. (*A don Luis.*) Usted conocia á esta señorita?
LUIS. (*A don Bernardo.*) No la habia saludado nunca.
ANTONI. Pasemos adentro, señores.
BERNAR. Para que el señor don Luis descanse.
LUIS. Agradezco tanta bondad.

ESCENA X.

DON BERNARDO, *que al ir á entrar se detiene un momento, echa una mirada en derredor, y al ver á Ramon, que llega cargado con una silla con pistoleras y una brida, se dirige á él. Pepe, que aparece en el foro, se detiene á la vista de los otros dos personajes.*

BERNAR Ramon, ha entrado un espía en nuestro campo.
RAMON. Mi coronel, se le fusila.
PEPE. Pues señor, si lo dicen por mí, me luzco como soy José. (*Pepe desaparece al momento, don Bernardo entra en la casa y Ramon coloca la silla sobre un banco de piedra.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

RAMON. PEPE.

PEPE. Decíamos... Hablábamos... Digo que decíamos...

RAMON. No digo nada.

PEPE. Pues eso decia yo precisamente, que no hemos hablado de nada. Y cuando dos hombres se encuentran, y están juntos y no tienen negocios pendientes, lo natural es...

RAMON. Estarse callados.

PEPE. Pues no opino de esa manera.

RAMON. Yo si.

PEPE. Por eso hay distintas opiniones Yo creia que se pasaba mejor el tiempo en agradables pláticas: ya echando proyectos, y ya contándose algunos estraños sucesos. Tú podias contarme de la guerra...

RAMON. Y para qué hablar de la guerra? Se comenzó porque el demonio quiso; se acabó porque quiso Dios ó el diablo. Bueno está lo bueno y silencio.

PEPE. Parece que el señor coronel fué todo un valiente?

RAMON. Ya se vé que sí; voto á cribas! Pero quién te ha dicho que mi coronel es coronel?

PEPE. Toma! tú mismo que no lo nombras de otro modo.

RAMON. Y cómo quieres que lo llame?

PEPE. Mi amo.

RAMON. Es que yo no soy criado de ningun amo; yo soy asistente de mi coronel: como lo era hace doce años, como lo seré dentro de veinte, si antes no me lleva la trampa.

PEPE. Parece que el señor coronel debe casarse mañana mismo con la señorita de la casa.

RAMON. Mucho sabes... y mucho preguntas... y mucho...

PEPE. No hablan de otra cosa los criados.

RAMON. Ni tú tampoco hablas de otra cosa.

PEPE. Siempre habla uno de lo que mas llama la atencion.

RAMON. Y siempre se pregunta por lo que conviene averiguar.

PEPE. Es que yo...

RAMON. Escucha un suceso de la guerra. Estando en las líneas de Hernani, cojimos una noche un espía, mi coronel lo mandó fusilar y, para no malgastar municiones, lo despaché de un solo tiro.

PEPE. Eso pasa en campaña, pero...

RAMON. Para un soldado siempre hay guerra. Adios, Pepe. Recuerda el cuento, y aplícalo si te conviene.

ESCENA II.

PEPE.

Ya no cabe la menor duda de que soy el espía que, segun el coronel, entró en el campo y, segun Ramon, debe ser pasado por las armas. Si esto sucediera, habia echado lo que se llama un lance redondo, y pagaba todas las locuras de mi amo. Pero quién me mete en averiguaciones que no debian importarme un pito? Mi maldita curiosidad, que me haría ser el mejor polizon de la tierra; y mi aficion á las propinas, en lo que pa-

rezco un calesero. Pues lo que es mi amo no me ha de regalar gran cosa por las noticias que le llevo; pues si es cierto que la señorita no se ha casado todavía, tambien lo es que debe casarse mañana. Pero todo tiene remedio cuando hay maña. Le daré la primera noticia y me callaré la segunda. Ahora lo que debo hacer es despedirme de ese honradísimo señor, que tan bien me ha dado de almorzar, y poner el cuerpo en franquía; no sea que el señor coronel se empeñe en fusilarme, y el señor Ramon me fusile... Prudencia.

ESCENA III.

PEPE. DON LUIS.

LUIS. Pepe!
PEPE. Quién me llama!...
LUIS. Yo.
PEPE. Bendito, y alabado y reverenciado sea el santísimo Sacramento...
LUIS. Por qué te santiguas, bellaco?
PEPE. Pues no he de santiguarme al ver á usted aquí, cuando yo lo creia corriendo por esas montañas. Sabe usted en donde está?
LUIS. Lo sé.
PEPE. Y usted es el que iba á despeñarse?
LUIS. El mismo.
PEPE. Ya me lo sospechaba yo, ó mejor dicho, no me lo sospechaba; porque si me lo hubiera sospechado no me encontraría usted aquí.
LUIS. Por qué razon?
PEPE. Porque no conviene que nos vean juntos.
LUIS. Cómo?
PEPE. Yo he venido aquí con intencion de averiguar si la señorita se habia casado, y para no despertar sospechas, he mentido: he dicho que mi amo era un general viejo y adusto.
LUIS. Yo descubriré tus mentiras.
PEPE. No hará usted tal. Nos encontramos en país enemigo; en medio de la faccion: y yo soy...
LUIS. Qué eres?
PEPE. Un espía.

LUIS. Calla, nécio.

PEPE. El señor coronel lo ha dicho.

LUIS. Qué ha dicho el coronel?

PEPE. Estas terminantes palabras: «Ramon, ha entrado un espía en nuestro campo.» Y Ramon respondió muy sério: «Mi coronel, se le fusila.»

LUIS. Pobre Pepe! No eres tú el espía del coronel: lo soy yo.

PEPE. Pero soy el espía de Ramon, que es el ejecutor de la justicia.

LUIS. Nada temas.

PEPE. Mire usted, señorito; ahora que estamos juntos, solos y sin que nadie nos aceche, tomemos el camino de Deva. Se lo pido á usted de rodillas.

LUIS. Eso queria yo; pero la mano que me detuvo al borde del abismo me ha traido á esta casa, y en ella permaneceré á mi pesar.

PEPE. Nunca toma usted mis consejos, y asi le sale todo. Siempre estaba aconsejando á usted que no se acercára á ese maldito precipicio, y usted siempre terco que terco.

LUIS. Me acercaba, porque en su fondo perdí mi postrera ilusion, mi mas halagüeña esperanza.

PEPE. Tambien aconsejé á usted que dejára de seguir á esta señorita, y no me hizo caso. Andar asi tras una mujer usted que ha conocido tantas!

LUIS. Por lo mismo. Yo me acerqué muy jóven, niño, á las mujeres con un corazon apasionado, un alma tierna y virginal; y las mujeres se entretuvieron en ir llenando mi corazon de lágrimas primero, de hiel despues, y últimamente de veneno.

PEPE. Por lo mismo debia usted huir de todas las mujeres.

LUIS. Huí de ellas á los diez y ocho años, cuando empiezan á amar los demas hombres, y fuí á los campos de batalla. Peleé mientras otros intrigaban: yo gané heridas, ellos grados y hasta honrosas cruces militares. Me exasperó tanta injusticia, y concluida la guerra, rasgué el uniforme que vestí durante dos años. Necesitando amar, lleve toda mi alma al seno de una porcion de amigos, y en cuantas ocasiones quise poner á prueba su amistad, recibí crudos desengaños. Me aislé algunos meses; y queriendo encontrar buena fé en alguna parte, fuí á buscarla entre los hombres de negocios. En seis meses dejé la mitad de mi cuantioso patrimonio en manos de especuladores insaciables. Ten-

go treinta años ; he sido amante, militar, amigo, hombre de negocios, escritor, diputado ; y he encontrado siempre traicion, ingratitud, defeccion, mala fé, envidia y egoismo.

PEPE. Pero todo eso, que yo á la verdad no entiendo bien, no es una razon para que sigamos á la señorita Isabel.

LUIS. Sí lo es muy grande, poderosa. Cuando la conocí, mi corazon estaba muerto : á su voz, cobró movimiento, á su vista cobró calor. Por eso la he seguido siempre.

PEPE. Y porque no le habló usted en Madrid ?

LUIS. Por qué temia acercarme á ella.

PEPE. No lo comprendo.

LUIS. Es mi secreto.

PEPE. Guardándolo asi...

LUIS. Lo sabrás á medias. La conocí para hacer una buena obra, y no me acercaba á Isabel, porque temia que me creyera uno de esos hombres vulgares que piden el premio de toda accion buena ó mediana. Me contentaba, pues, con verla y con esperar. Ya nada espero. Debe unir su suerte á la del hombre que me ha salvado la vida.

PEPE. Y por lo mismo, vuelvo á suplicar á usted que tomemos el camino de Deva.

LUIS. Imposible. Me obligan á permanecer.

PEPE. Aquí sufrirá usted muchísimo.

LUIS. Qué importan unas cuantas gotas de hiel mas á un corazon como el que aquí late !

PEPE. Se ha empeñado usted en atormentarse y aflijirme; porque este Pepe, tan hablador y tan bellaco, tambien tiene su corazon.

LUIS. No hablemos mas de ello.

PEPE. No hemos de hablar si este es el pan nuestro de cada dia ; y hemos de acabar...

LUIS. Siento pasos.

PEPE. Pues me escapo, antes que nos vean. Hasta despues.

LUIS. No tengas miedo.

ESCENA IV.

DON LUIS. DOÑA ISABEL.

ISABEL. Ah!

LUIS. Ha sorprendido á usted mi vista?

ISABEL. Lo creíamos á usted reposando: y me parece que no ha hecho bien en levantarse.

LUIS. Soy muy fuerte, Isabel; muy fuerte, y hay momentos en que el reposo me hace daño.

ISABEL. Bien sé, Andrade, que es usted muy fuerte cuando alguno lo necesita.

LUIS. Y cuando yo me necesito tampoco soy débil, señora.

ISABEL. Recuerdo perfectísimamente la siesta de Aranjuez, en la que parecia usted tan abatido, tan postrado; y al ver el niño entre las olas, se reanimó y arrojó al rio.

LUIS. Es verdad que estaba abatido, y que me reanimó la vista de un niño muy próximo á ahogarse; pero tambien me hubiera reanimado la provocacion de cualquier hombre. Por lo demás no hubo gran mérito en mi obra; pues no es tan dulce mi existencia que tema perderla, señora.

ISABEL. Es usted desgraciado, Andrade?... No me responde usted y me mira de una manera tan estraña.

LUIS. No respondo á usted, porque decir simplemente que soy desgraciado, es decir poco; y pintar á usted mi desgracia, sería hablarla de lo que no entiende, de lo que no debe entender.

ISABEL. Quién sabe!

LUIS. Oh! no. Su alma de usted, cándida y pura como esas rosas blancas que perfuman estos jardines, no puede imaginarse un alma rígida, violenta y resinosa, que se atiranta hasta romperse; se lanza á su objeto hasta estrellarse, y se inflama hasta consumirse. Alma que busca por todas partes un ser que no encuentra en ninguna; que recibe tantos desengaños como se ha forjado ilusiones.

ISABEL. Y existen almas de ese temple?

LUIS. Así fué la mia, durante el mas largo período de su borrascosa existencia.

ISABEL. Y despues?

LUIS. Despues dobló la frente, como dobla la copa el árbol que tiene dañada la raiz. A la vida sucedió la muerte; á la pasion el desaliento. Sin esperar nada de nadie, se reconcentró en su propio ser; y cuando queria despertar del no interrumpido letargo, frotaba sus propias heridas, para vivir de su dolor. Este fué el segundo período. (*Don Bernardo y Ramon vienen por una calle de árboles: á la vista de doña Isabel y don Luis, se detienen y ocultan; pero muy distantes para poder oir lo que hablan.*)

ISABEL. Y permanece en él?

LUIS. No señora. En medio de su desaliento tuvo una vision, como solian tenerlas los mártires en sus calabozos; y á la vista del ángel cobró nueva vida, nuevas ilusiones, nueva fé; pero una fé tan pura como la de esos mismos mártires que iban contentos al suplicio. Vió, con los ojos de su fé, el ser perfecto que habia buscado tanto tiempo; y tomándolo por su estrella, fué siguiéndolo paso á paso, sin tocarlo nunca, pero sin perderlo de vista, y con la íntima conviccion de que algun dia estaría á su lado; de que alumbrado por su hermosa luz, vivificada por su fuego, girando en su órbita, identificada, confundida... Oh!... (*Don Luis se detiene, dirige una mirada al brazo que lleva en cabestrillo, y se lo aprieta con violencia.*)

ISABEL. Qué tiene usted? Le duele el brazo, no es verdad?

LUIS. Un poco, señora... Me duele...

ISABEL. No debió usted dejar el lecho.

LUIS. No ha sido nada: una punzada que se ha mitigado al momento.

ISABEL. Usted no ha querido que llamen á un cirujano, y ha hecho mal; porque de seguro se encontraría mucho mejor.

LUIS. No hubiera calmado el cirujano este dolor... tan pertinaz.

ISABEL. Se reproduce, segun eso?

LUIS. Repito que no tengo nada.

ISABEL. Yo no soy médico, pero veo en sus ojos de usted la fiebre. Retírese usted á su cuarto.

LUIS. Permítame usted que permanezca bajo este frondoso cenador. Aquí se respira un ambiente impregnado del suave aroma de las flores y de la frescura del agua; aquí se desvanecerá toda fiebre que no tenga su orígen...

ISABEL. En dónde?

LUIS. Yo no sóy médico tampoco, y hablo de fiebres sin atreverme á clasificarlas. Lo mejor es que nos ocupemos de otra cosa mas agradable.

ISABEL. De la estrella en cuya refulgente órbita debia girar esa alma ardiente, fatigada y rejuvenecida.

LUIS. No hablemos mas de ello, tampoco.

ISABEL. Por qué, Andrade?

LUIS. Porque es muy fácil contar la historia de los períodos terminados, de sensaciones que realmente son del dominio de la historia; pero es muy difícil referir lo que está pasando todavía, lo que no ha tenido un desenlace, lo que acabará como Dios sabe.

ISABEL. Segun eso, su alma de usted no ha entrado aun en el círculo luminoso que forma la estrella?

LUIS. Isabel...

ISABEL. No me responde usted?

LUIS. Ya he dicho que no debemos hablar de ello.

ISABEL. Por qué razon?

LUIS. Porque siguiendo, tendré que decir... (*Don Luis se detiene de nuevo, y vuelve á sacudirse el brazo.*)

ISABEL. Otra vez el brazo?

LUIS. Siempre el brazo! Por qué no caí en el abismo!

ISABEL. Qué dice usted!

LUIS. Que hay en el fondo de los abismos un remedio para ciertas enfermedades.

ISABEL. Usted está loco.

LUIS. Puede ser; pero soy un loco pacífico.

ISABEL. Me parece que cuando llegué aquí, estaba usted mas tranquilo y que nuestra conversacion le ha exasperado.

LUIS. Puede ser... Qué digo? No señora.

ISABEL. Siento mucho haberle ocasionado un momento de exasperacion, y lo dejo solo para ver si se tranquiliza. Hasta luego.

LUIS. Adios, Isabel.

ISABEL. Adios, Andrade.

LUIS. Ya era tiempo de que se alejára: mi corazon queria romperse y mis labios proferir palabras que deben quedarse aquí dentro. Cuánto he sufrido! He tenido que morder mi lengua, pero he callado como un hombre. Destino fatal! El coronel me ha librado de una muerte pronta para condenarme á este suplicio, y aun debo mostrarme agradecido. Buscaba á Isabel, ahora la encuentro, y debo callar que la amo. (*Se deja caer sobre un banco.*)

ESCENA V.

DON LUIS. DON BERNARDO, *que se vá acercando lentamente al banco en que está sentado el primero*, *y* RAMON, *que se queda de pié é inmóvil á una respetable distancia.*

BERNAR. Señor Andrade, es usted un infame.
LUIS. (*Levantándose.*) Coronel!
BERNAR. Repito que es usted un infame.
LUIS. (*Sentándose.*) Esplíquese usted.
BERNAR. No le basta esta ruda ofensa!
LUIS. No señor.
BERNAR. Necesita usted que le pruebe su negra infamia!
LUIS. Sí señor.
BERNAR. Pues escúcheme usted.
LUIS. Ya escucho.
BERNAR. Yo he salvado á usted la vida.
LUIS. Lo sé.
BERNAR. Yo he traido á usted á esta casa.
LUIS. Es cierto.
BERNAR. Usted ha sabido en ella que mañana debo unir mi suerte á la suerte de doña Isabel Sandoval.
LUIS. Lo he sabido.
BERNAR. Usted, faltando á los deberes mas sagrados, ha ofendido aquí á un caballero, á un hombre honrado...
LUIS. Usted se engaña, coronel.
BERNAR. Cobarde disculpa. Yo lo he visto. Repito que es usted un infame... No responde usted, caballero?
LUIS. No encuentro respuesta adecuada.
BERNAR. Confiesa usted que ama á Isabel?
LUIS. Sí, señor: confieso que la amo.
BERNAR. He dicho mal; usted no puede amarla, usted ha tenido el capricho de interponerse entre ella y yo para satisfacer un momento su vanidad de cortesano.
LUIS. Respete usted los sentimientos... que no es capaz de comprender.
BERNAR. Si usted la amára como yo...
LUIS. Qué?
BERNAR. Tendria usted prisa de matarme; porque deberá comprender, despues de lo que acaba de pasar, que uno de los dos debe morir.

LUIS. Yo comprendo, señor don Bernardo, que no puedo matar á usted.
BERNAR. Por qué, señor don Luis, por qué?
LUIS. Porque, como ha repetido usted varias veces, acaba de salvarme la vida.
BERNAR. No lo recuerde usted ni un momento.
LUIS. Aunque yo pudiera olvidarlo, el mundo lo recordaria para denostarme por ingrato.
BERNAR. Rehusa usted el duelo?
LUIS. Ni rehuso ni concedo nada.
BERNAR. No quiere usted batirse?
LUIS. He dicho que no puedo matar á usted.
BERNAR. Es usted tan vil como cobarde.
LUIS. Yo tengo cien veces mas valor que usted se imajina.
BERNAR. La prueba?
LUIS. Tengo el valor de sufrir insultos y de no vengarlos, pudiendo. Y tengo tambien el valor de no rebajarme...
BERNAR. Hasta qué?...
LUIS. Mi valor consiste en callar.
BERNAR. Pero no en batirse.
LUIS. No se empeñe usted en hacerme verdaderamente cobarde.
BERNAR. Ese trabajo está ya hecho.
LUIS. (*Irritado.*) Insiste usted?
BERNAR. No he retrocedido en mi vida.
LUIS. Pues que usted lo quiere, vengan armas, y júzguenos Dios desde el cielo.
BERNAR. Por fin llega usted á la altura de un hombre.
LUIS. A mis ojos me he rebajado á la de un niño.
BERNAR. Retrocede usted por ventura?
LUIS. Yo no retrocedo jamás. He pedido armas, vengan armas. (*En el momento que don Luis pide armas, Ramon se dirige á la silla y toma las pistolas que contienen sus pistoleras*)
BERNAR. En dónde encontrarlas ahora!
RAMON. Aquí están, mi coronel.
BERNAR. Mil gracias. Ya tenemos armas. (*Ramon se retira á su puesto.*)
LUIS. (*Con tranquilidad.*) Y seguras, como la justicia de Dios.
BERNAR. Arregle usted las condiciones.
LUIS. Admitirá usted la que yo fije?
BERNAR. Sin alegar escusa alguna.
LUIS. Es usted tirador?
BERNAR. Lo soy.

LUIS. Nos colocaremos á diez pasos.

BERNAR. Buena distancia.

LUIS. Cada cual apuntará el tiempo que guste.

BERNAR. Convenido.

LUIS. Usted disparará primero.

BERNAR. Esa condicion...

LUIS. I a fijo yo, que tengo derecho para ello. Vamos á tomar la distancia: buena punteria y buena suerte. (*Al presentar don Bernardo las pistolas á don Luis para que este elija, nota que la toma con la mano izquierda, y recuerda que tiene el brazo derecho imposibilitado enteramente.*)

BERNAR. Elija usted una pistola.

LUIS. Las dos son buenas.

BERNAR. Ira de Dios! no puede terminarse el duelo.

LUIS. Quién lo impide?

BERNAR. Ese brazo derecho que no puede usted manejar.

LUIS. No se impaciente usted por tan poco: soy ambidestro, y muchas veces he disparado con la mano izquierda.

BERNAR. Pero...

LUIS. No perdamos palabras, y aprovechemos los pocos minutos de dia de que podemos disponer. (*Don Luis marcha en una direccion, don Bernardo en la opuesta, y cada uno cuenta cinco pasos.*) Uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos.

BERNAR. Estamos á diez de distancia.

LUIS. Y yo en guardia. (*Don Bernardo apunta un momento y dispara.*)

BERNAR. No he tocado el blanco. Usted tira.

LUIS. Estamos en paz, caballero.

BERNAR. Usted tira, señor Andrade.

LUIS. Por la vida que me salvaron, la vida que dejo. Repito que estamos en paz.

BERNAR. Esto mas, Dios mio! Es imposible. Dispare usted sobre mi...

LUIS. (*Acercándose á don Bernardo.*) Silencio.

BERNAR. Pero ha de ser...

LUIS. Acude gente.

ESCENA VI.

Don Luis *y* Don Bernardo *juntos;* Ramon *inmóvil en su puesto.* Doña Isabel *y* Don Antonio *por la puerta del foro: algunos pasos detras de ellos* Juana *y* Criados. Pepe *viene por la derecha y se queda oculto y á larga distancia.*

Antoni. Qué ha sucedido?
Luis. Nada.
Isabel. Acaba de sonar un tiro.
Luis. Es muy cierto. El coronel y yo discurriamos sobre la bondad de estas pistolas; y sabiendo que estaban cargadas, nos propusimos dispararlas, tomando un blanco algo difícil. Lo buscamos inútilmente, cuando aquella vara de rosal, coronada de un ramo de rosas, nos pareció el mas apropósito, y nos propusimos cortarle seis dedos por bajo de las flores. Disparó el coronel y erró; yo iba á disparar cuando ustedes se presentaron alarmados.
Isabel. Pues que se termine la apuesta.
Luis. Si no habiamos apostado nada.
Antoni. Tiraban ustedes en competencia...
Luis. Pero sin deseo de triunfar.
Isabel. No es verdad, señor don Bernardo, que debe disparar Andrade?
Bernar. Sí debe disparar, señora.
Isabel. Dispare usted, dispare usted.
Luis. (*A Isabel.*) Ya que el coronel lo desea, y para que quede terminada de una vez nuestra competencia, dispararé en honor de usted, señorita. (*Apunta un momento, dispara, corta la vara por el paraje señalado, coje el ramo, lo ofrece á Isabel, que se lo coloca en el pecho.*)
Ramon. (Ira de Dios! qué corazon y qué ojo tiene.)
Antoni. Bravo! bravísimo!
Isabel. Mil gracias.
Antoni. Ha sido un tiro muy certero.
Luis. Disparaba en honor de esta señorita.
Antoni. Qué dice usted, señor don Bernardo?
Bernar. Que sus balas dan en el blanco.
Antoni. Los cortesanos, amigo mio, se adiestran mucho.
Bernar. Si se adiestran.

ANTONI. Pero me olvidaba de la sopa, que ya debe estar en la mesa. Vamos al comedor, señores. (*Se adelanta don Antonio. Isabel se apoya en el brazo de su padre. Don Bernardo toma el de don Luis.*)

BERNAR. El ramo de rosas está sobre el corazon de Isabel.

LUIS. Ese ramo de rosas vale...

BERNAR. Una guerra á muerte entre los dos.

LUIS. Ya estamos en paz, caballero.

ESCENA VII.

RAMON, *que se dirije pausadamente hácia el foro.* PEPE, *que se acerca acechando. Es casi de noche.*

RAMON. (*Dando una palmada á Pepe.*) Chico!

PEPE. Quién?

RAMON. Soy yo; pero no tengas miedo. Ya sé que no eres el espía.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala bien amueblada, pero á gusto del campo, con dos puertas á la derecha, una á la izquierda y un gran mirador en el fondo. Un velador con recado de escribir. Una consola sobre la cual está una gran caja de armas.

ESCENA PRIMERA.

DON BERNARDO *sentado, con el rostro oculto entre las manos y profundamente abatido.* RAMON *de pié, sumamente triste y afectado. Algunos instantes de silencio.*

RAMON. Mi coronel!
BERNAR. Qué quieres?
RAMON. Nada... (*Don Bernardo vuelve á ocultar el rostro entre las manos. Ramon guarda silencio algunos instantes, despues repite.*) Mi coronel.
BERNAR. Qué quieres?
RAMON. Quiero que levante V. S. esa cabeza; que me mire, me sonría y me hable.
BERNAR. Pobre Ramon, tu coronel no es el mismo hombre.
RAMON. Bien lo veo.

BERNAR. Está humillado, está vencido.
RAMON. Voto á San Fermin!
BERNAR. Está humillado, está vencido por un hombre á quien llamó vil y cobarde. Y aquel hombre tuvo el valor de esperar una bala á diez pasos, sin ánimo de devolverla: y tuvo luego la destreza de romper una ramilla de rosal, para probarme claramente que estaba mi vida en su mano: y cuando le juré de nuevo guerra á muerte, me respondió: «Ya estamos en paz, caballero.»
RAMON. Mi coronel, los que estan en paz es porque no se deben nada.
BERNAR. Es el caso que yo le debo...
RAMON. Y qué le debe V. S.?
BERNAR. La vida.
RAMON. Tambien él...
BERNAR. No, Ramon: te engañas. Yo maté su caballo al borde de un precipicio, pero el ginete buscaba en su fondo el descanso, y nada me debe por una vida de sufrimiento y de agonía. Ahora comprendo todo esto, porque quisiera que se abriera un profundo abismo á mis pies; porque tengo un infierno en mi alma; porque estoy celoso de un rival que vale mil veces mas que yo.
RAMON. No negaré que vale casi tanto, porque soy hombre de verdad, pero lo que es mas, eso no.
BERNAR. Me ha vencido...
RAMON. No hablemos de ello, y venga V. S. á mudarse de traje, que ya está en casa el padre cura, y no tardará la señorita en presentarse como una paloma.
BERNAR. Es verdad... Pero traerá en su pecho...
RAMON. Qué?
BERNAR. Nada, nada. Antes de una hora habrá jurado ante el altar; Isabel es buena y honrada, sabrá cumplir su juramento.
RAMON. Eso ya es hablar en razon.
BERNAR. Y si llega al pié del altar con otro amor dentro del alma; si trae en su pecho...
RAMON. Qué?
BERNAR. Nada, nada Vamos á vestirnos, Ramon.
RAMON. Por allí llega don Antonio con ese señor...
BERNAR. Vamos, vamos. Que no traiga el ramo, Dios mio!

ESCENA II.

DON LUIS. DON ANTONIO.

ANTONI. Me ha sorprendido usted, amigo Andrade.
LUIS. Repito que lo siento mucho, pero no puedo detenerme.
ANTONI. Ni un dia siquiera?
LUIS. Ni una hora.
ANTONI. Pero marcharse en el momento en que va á casarse mi hija.
LUIS. Por eso mismo.
ANTONI. Por eso mismo!
LUIS. Sí. Por eso mismo me es mas sensible la partida. Yo tendría muchísimo gusto en presenciar la ceremonia; pero es tan urgente el asunto que me llama á Deva, y que despues me llevará que sé yo adonde, que cuento las horas por segundos. Y si usted tuviera la bondad, como se lo he rogado antes, de darme un caballo ó un guia.
ANTONI. Si usted se empeña, cederé; pero lo van á sentir todos, Isabel, mi yerno...
LUIS. Usted tendrá la bondad de disculparme y de despedirse en mi nombre.
ANTONI. Pues qué, no ha de tener usted lugar para decirles que se queden con Dios?
LUIS. Quién sabe! Deben andar muy ocupados, y no es justo que un advenedizo interrumpa sus ocupaciones. Sin embargo, procuraré verlos un instante; sobre todo al buen coronel que deberá ser mas accesible. En cuanto á Isabel será mas difícil.
ANTONI. Yo mismo la diré...
LUIS. No señor; usted dirá que me preparen un caballo.
ANTONI. Repito que voy á mandarlo: y tambien repito que va á sentirlo mucho el coronel, porque no podrá tirar con usted al blanco; aunque mandó anoche que le trajeran la caja de armas que se ve sobre aquella mesa. Pero no quiero abusar mas de la paciencia de usted; voy á que le ensillen un caballo.

ESCENA III.

DON LUIS *se acerca á la mesa, abre la caja y la examina.*

Nada falta; pistolas, sables y floretes. Ese hombre es mas inflexible que el destino, y se ha empeñado en que lo mate ó en que le presente mi vida siempre que la quiera tomar. Esto es absurdo, horriblemente absurdo; pero pronto debe terminarse tan embarazosa situacion. Antes que transcurran diez minutos estaré corriendo hácia Deva: en Deva me espera el occeano, que dá ancho campo á mi carrera. Mas podrá imaginarse ese hombre que huyo de él, que le tengo miedo, que temo la muerte?... yo que la llamo cada instante!... Me llamó cobarde, y es capaz de no haber quedado convencido. Debo permanecer aquí? Qué mano fatal me encadena? Qué quieren de mí? Qué me espera?...

ESCENA IV.

DON LUIS. PEPE.

PEPE. Victoria, señorito, victoria! Ya están ensillando el caballo, yo he dicho que acompañaré á usted, y dentro de cinco minutos estaremos camino de Deva. Gracias á Dios que alguna vez obra usted con juicio y prudencia.

LUIS. Ha mandado ya don Antonio que me preparen un caballo?

PEPE. Sí señor.

LUIS. Pues lo siento en el alma.

PEPE. Cómo?

PEPE. Una cuestion de honor me impide marchar por ahora.

LUIS. Y cómo esplicará usted al señor don Antonio tan repentina variacion?

LUIS. No sé cómo hacerlo; pero nunca huiré de un enemigo que me reta, que quiere matarme.
PEPE. Me parece que tengo un medio para arreglarlo todo.
LUIS. Cuál?
PEPE. Se sienta usted á una mesa, toma un plieguecillo de papel, una pluma, y escribe una carta á ese enemigo. En ella se le dice que...
LUIS. Ya comprendo; y me parece justo.
PEPE. En el momento de marcharse la entregamos á un criado...
LUIS. Tienes mucha razon.
PEPE. Y despues tomamos las de Villadiego. Conque á no perder un solo instante y á escribir la carta.
LUIS. Al momento. Es una inspiracion del cielo.

ESCENA V.

DON LUIS, *escribiendo*; PEPE *de pié y mirando con inquietud en la puerta de la derecha.* JUANA, *que se pone un dedo sobre la boca y hace señas á* PEPE *para que se acerque en silencio.*

JUANA. Es cierto que se vá don Luis?...
PEPE. En cuanto acabe aquella carta.
JUANA. A quién la dirije?
PEPE. No sé.
JUANA. Cuidado con mentir.
PEPE. Dios me libre. Soy andaluz.
JUANA. Cuidadito, Pepe. Yo sé que esa personita no es criado de un viejo general, como has dicho al amo.
PEPE. A que sí.
JUANA. Si yo he visto á esa personita en Vitoria, siguiendo á don Luis como un perrito. Niégalo, Pepe.
PEPE. Eso consiste en que don Luis es sobrino del general.
JUANA. Trapalon, con qué descaro mientes!...
PEPE. Cuando yo lo digo.
JUANA. Pero vamos á lo que importa. Por qué se marcha tan de repente el señor sobrino del viejo general?
PEPE. Porque tiene asuntos en Deva.
JUANA. Eso es mentira.
PEPE. Cuando yo sostengo una cosa.

JUANA. Ahora lo veremos. Ven conmigo.
PEPE. Y cuando acabe de escribir?...
JUANA. Estarás de vuelta.
PEPE. Pero. .
JUANA. Anda, que no lo perderás, bribon.

ESCENA VI.

DON LUIS, *que continúa escribiendo algun tiempo; y momentos despues* ISABEL, *por la puerta de la derecha, vestida de blanco, y sin joyas, flores, ni adornos.*

LUIS. Ya está terminada. Ahora la cierro y pongo la direccion: mi criado me ha dado un consejo inestimable. Llegó la hora, no la veré mas; me voy sin darla el último adios... Nada importa, consumemos el sacrificio. Pepe! (*Levantándose y viendo á Isabel.*) Perdóneme usted, señorita. (*Deja la carta sobre la mesa.*)
ISABEL. Está usted mejor, señor de Andrade?
LUIS. Si señora. La noche me ha restablecido enteramente.
ISABEL. Ha dormido usted bien?
LUIS. Muy bien.
ISABEL. Me parece que he visto á usted, desde mis ventanas, acompañado de papá.
LUIS. Si señora. Hemos paseado por el jardin.
ISABEL. Le ha parecido á usted bonito?
LUIS. Si señora. Me ha parecido muy bonito.
ISABEL. Y papá dónde está?
LUIS. Ha salido á dar unas órdenes para...
ISABEL. Para?...
LUIS. Para que me ensillen un caballo.
ISABEL. Piensa usted montar!...
LUIS. Por qué no?...
ISABEL. El suceso de ayer...
LUIS. No puede repetirse hoy. Pensaba marcharme sin tener el honor de ofrecer á usted mis respetos, porque no creia que tan temprano estuviera visible; pero ya que he tenido la fortuna de encontrarla, puede usted darme sus últimas órdenes, señora.
ISABEL. Piensa usted marcharse?
LUIS. Al momento.
ISABEL. Adónde? Ah! perdone usted mi curiosidad.

LUIS. Ahora á Deva: mañana á Madrid.
ISABEL. A esa córte que ustedes aman tanto.
LUIS. Si señora. A esa córte que nos embriaga y nos hace olvidar... Qué locura!... Me voy á esa córte que nos hace sumamente felices.
ISABEL. Lo dice usted con un acento...
LUIS. De profundo sarcasmo?
ISABEL. Sí.
LUIS. Eso consiste en que el veneno del corazon sube á los lábios...
ISABEL. Qué dice usted?
LUIS. Digo, señora...

ESCENA VII.

DON LUIS. DOÑA ISABEL. DON ANTONIO.

ANTONI. Ya tiene usted listo el caballo.
LUIS. Doy á usted las gracias.
ANTONI. Has visto, Isabel; no permite pasar un dia mas con nosotros: ni aun presenciar tu desposorio.
LUIS. Asuntos urjentes me impiden...
ANTONI. Y tan urjentes, que queria marcharse sin despedirse.
ISABEL. (*Resentida.*) Los asuntos son lo primero.
LUIS. (*Con amargura.*) Al fin encuentro quien apruebe mi resolucion.
ANTONI. Yo no he sido tan condescendiente.
LUIS. Usted ha llevado su cortesia...
ISABEL. Algo mas allá que reclamaban los graves asuntos de Andrade.
LUIS. Yo la agradezco, sin embargo...
ISABEL. Usted sabe siempre agradecer. Pero lo estamos deteniendo y lo reclaman sus asuntos.
LUIS. A los pies de usted, Isabel.
ISABEL. Feliz viaje, señor de Andrade.
LUIS. (*Tendiéndole la mano.*) Señor de Sandoval...
ANTONI. Nosotros nos despediremos á la puerta.

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL.

De qué metal es ese hombre tan impenetrable y tan duro? En sus ojos está la fiebre, la pasion, un intenso delirio; pero sus lábios no pronuncian ni una palabra que confirme lo que revelan sus miradas. Me ama ó no me ama? Qué me importa lo uno y lo otro? Sé ciertamente que se aleja, que me abandona en el peligro; que huye, dejándome la enorme carga de mi sufrimiento y mi dolor. Qué nécia he sido! Lo creí valiente porque sacó un niño de las aguas, noble porque se ocultó para no recibir alabanzas ni parabienes, grande porque no podia penetrar la honda sima de su pensamiento. Esperé en él cuando lo veia cruzarse en mi camino; esperé en él cuando dejé de verlo; esperé en él despues de haberlo visto en lo mas alto de la roca; y ayer no tuvo límites mi ciega y fatal confianza. «Aquí está, me decia entusiasmada; bajo el mismo techo que yo habito: él me dará fuerzas para luchar, me defenderá á sangre y fuego.» Imbécil, mil veces imbécil! daba al hombre la abnegacion que es propiedad de la mujer! Nosotras buscamos la ocasion de sufrir por lo que adoramos; ellos no quieren sufrir nunca; se creen organizaciones privilegiadas, demasiado fuertes para someterse al férreo yugo de un reconcentrado sufrimiento. Pues bien, ya nada queda en mí de mis pasadas ilusiones. Seré fuerte como los hombres; no me arrastrarán los latidos de un corazon apasionado. Yo creia que para ser esposa era necesario amar al hombre que habia de ser nuestro marido; quizás me engañaba: desde hoy me contentaré con respetarlo. Don Bernardo es bueno, es honrado, y estoy segura de que me ama. Oh! el coronel no renunciaria á mi posesion, como acaba de hacerlo el otro. Si hubiera sospechado de Andrade, su hubiera batido con él, y lo hubiera muerto de seguro. Todo debe ya estar dispuesto: desposémonos cuanto antes, y acaben pronto mis temores y mis quimeras Juana!

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL. JUANA.

JUANA. Señorita Isabel!
ISABEL. Tráeme mi velo y mi corona.
JUANA. Se desposa usted?
ISABEL. Ahora mismo.
JUANA. Y don Luis?
ISABEL. Camino de Deva.
JUANA. Bien decía Pepe.
ISABEL. Qué has hecho de él?
JUANA. Lo bajé al patio por la escalerilla secreta.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL. JUANA. PEPE.

PEPE. Y ha vuelto á subir por la escalera principal.
ISABEL. Qué quieres?
PEPE. Señorita, con permiso de usted, vengo á recojer una carta que dejó mi amo olvidada.
ISABEL. En dónde está?
PEPE. Sobre ese velador.
ISABEL. (*Apoderándose de la carta y dejándola luego con despecho.*) No es para mí.
JUANA. Pues para quién es, señorita?
ISABEL. Para el coronel.
JUANA. No estaria demas que la leyéramos.
PEPE. Eso no, mientras viva Pepe. (*Pepe vá á apoderarse de la carta, Juana se interpone, Ramon anuncia al coronel, y Pepe se escapa. Juana coje la carta y se entra en el cuarto de Isabel.*)
RAMON. Mi coronel.
PEPE. Esta es mas negra; yo me escapo, y salga el sol por Antequera.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL. DON BERNARDO.

BERNAR. A los piés de usted, Isabelita. (No tiene el ramo: soy feliz.)
ISABEL. (*Con volubilidad febril.*) Muy buenos, dias señor don Bernardo.
BERNAR. Está usted mejor?
ISABEL. Estoy buena; enteramente buena.
BERNAR. Cuánto me alegro, Isabelita. Y es verdad: tiene usted el semblante mas animado, mas alegre, y un sonrosado algo mas vivo. Está usted muchísimo mejor.
ISABEL. Estoy mucho mejor que ayer.
BERNAR. Ya lo creo. Ayer estaba usted tan triste, tan meditabunda... Aseguro á usted francamente que aunque no dije una palabra pasé un dia fatal.
ISABEL. Lo siento mucho. (Este hombre tiene un corazon tierno y grande.)
BERNAR. Hoy, por el contrario, todo se presenta risueño, y espero que sea el dia mas feliz de mi vida.
ISABEL. (Por qué mi corazon no está satisfecho? Quisiera amarlo, y sin embargo no le amo.)
BERNAR. No participa usted de mi gozo?
ISABEL. Sí señor. Estoy muy contenta.
BERNAR. Y el buen papá dónde se halla?
ISABEL. Bajó á despedir...
BERNAR. A quién?
ISABEL. A Andrade.
BERNAR. Se ha marchado?
ISABEL. Habrá cinco minutos.
BERNAR. No se ha despedido de mi.

ESCENA XII.

Doña Isabel. Don Bernardo. Juana *con una bandeja con un velo, una corona y un ramo de rosas en una mano, y en la otra la carta de don Luis.*

Juana. Señor coronel, esta carta.
Bernar. Si usted me lo permite, Isabelita.
Isabel. Con mucho gusto.
Juana. (*A Isabel.*) Don Luis ama á usted como un loco.
Bernar. (*Lee.*) «Ayer dije á usted que amo á Isabel con todas »las fuerzas de mi alma, y hoy huyo de ella para siem»pre: no me importa encarecer este espontáneo sa»crificio. Si usted puede ser feliz con ella; séalo en »buen hora; pero cuide de no hacerla desgraciada. Sé »que anoche, despues de nuestro duelo, envió por su »caja de armas: si persiste aun en su pensamiento »de muerte, al pié del *Salto del Venado* me encon»trará durante todo el dia; y si no se presenta, ma»ñana abandonaré la provincia.—Luis de Andrade.» (*Don Bernardo queda pensativo.*)
Juana. Mire usted, mire usted, señorita, qué pensativo se ha quedado.
Isabel. Mucho siento que un hombre tan bueno esté sufriendo por mi causa. Pero estás segura de que se batieron ayer?...
Juana. Muy segura. Como que lo dice la carta.
Isabel. Por qué se ha marchado?
Juana. Quién sabe...
Isabel. No hablemos mas de ello. Dame mi velo y mi corona.
Juana. Déjelos usted quietecitos. Póngase usted, como ayer tarde, este hermoso ramo de rosas.
Isabel. No, Juana.
Juana. Cuando yo lo digo.
Isabel. La vista de ese ramo atormentaría al coronel; y yo no quiero...
Juana. Pues yo sí. (*La pone el ramo forcejando.*)
Bernar. (Quiere alejarse... que se aleje... Isabel me pertenecia cuando él la conoció... Isabel debe ser hoy mismo mi esposa. Qué hermosa estará con su velo blanco y su

corona virginal! Ya lo tendrá puesto. Temblando voy á volver la cara.) Oh! (El ramo de rosas.)

ISABEL. Qué ha sucedido?

BERNAR. Nada, Isabel.

JUANA. Quiere usted que llame?

BERNAR. Retírate.

JUANA. Sucedió lo que yo esperaba.

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL. DON BERNARDO. JUANA *oculta.*

BERNAR. Isabel...

ISABEL. Qué dice esa carta?

BERNAR. Léala usted.

ISABEL. Yo!

BERNAR. Le suplico á usted que la lea.

ISABEL. Pero si yo no necesito...

BERNAR. Léala usted, señora, por Dios.

ISABEL. (*Despues de leer.*) Se batieron ustedes ayer! Se preparan para batirse!

BERNAR. Señora, nos batimos ayer, ó mejor dicho no nos batimos. Yo disparé, apuntando á su corazon, que no herí: él disparó, y cortó esas flores que me causan tanto martirio.

ISABEL. Por qué tuvo lugar un duelo tan misterioso?

BERNAR. Porque yo lo provoqué: porque yo tenia y tengo celos de don Luis de Andrade; porque estaban ustedes juntos y adiviné que hablaban de amor.

ISABEL. Se equivoca usted, coronel. Si Andrade me ama, como en esta carta lo afirma, ha sabido callar su amor.

BERNAR. Es cierto?

ISABEL. Indudable.

BERNAR. Eso mas! En todo me aventaja, en todo!

ISABEL. Se ofende usted de ello?

BERNAR. Yo no sé. Isabel, soy un hombre honrado, sincero, franco, caballero... Voy á dirigir á usted una pregunta y espero una respuesta franca... Ama usted á don Luis?

ISABEL. Coronel!

BERNAR. Respóndame usted con franqueza.

ISABEL. Pero...

BERNAR. Ama usted á don Luis, señora?

ISABEL. Sí señor.
BERNAR. (*Grito de desesperacion.*) Isabel!
ISABEL. Don Bernardo, perdone usted mi atrevimiento.
BERNAR. (*Conmovido.*) Isabel!
ISABEL. Yo no retiro mi palabra. Vamos al altar, juraré y cumpliré mis juramentos.
BERNAR. Oh!...
ISABEL. Estoy dispuesta...
BERNAR. Nada, nada. Don Luis me espera al pie del *Salto del Venado.*

ESCENA XIV.

DOÑA ISABEL. JUANA.

ISABEL. Deténgase usted... Nada escucha y van á matarse. Dios mio!
JUANA. Tranquilícese usted, señorita.
ISABEL. Yo no puedo tranquilizarme. Sobre mi conciencia pesará la muerte de un hombre. Y qué dirá, Juana, mi padre cuando sepa lo que sucede?
JUANA. Se quedará como quien vé visiones... Pero hácia aquí viene azorado.

ESCENA XV.

DOÑA ISABEL. JUANA. DON ANTONIO.

ANTONI. Quieres decirme, Isabelita, qué le ha sucedido á don Bernardo?
ISABEL. Por qué, papá?
ANTONI. Volvia yo de haber despedido á don Luis, que apenas distará de aquí un tiro de bala, cuando me cruzo en la escalera con el coronel, que la bajaba como un loco. Quiero detenerlo y le grito; pero no hace caso de mis voces y pronto lo pierdo de vista. Sabes tú algo de esa estraña desaparicion?
JUANA. Qué ha de saber la señorita.

ANTONI. Pues aseguro que me ha dejado lo mas sorprendido del mundo.
JUANA. El coronel tiene unos caprichos.
ANTONI. Qué opinas de ello, Isabelita?
ISABEL. Temo, padre mio, que va á suceder una desgracia.
ANTONI. Cómo?
ISABEL. El coronel y don Luis de Andrade se estarán batiendo á estas horas.
ANTONI. Estás en tu juicio!
ISABEL. Sí, padre mio. Don Luis me ama.
ANTONI. Don Luis te ama!...
ISABEL. El coronel lo sabe....
ANTONI. Pero tú?..
ISABEL. Perdóneme usted: amo á don Luis.
ANTONI. Y se lo has callado á tu padre?
ISABEL. Perdóneme usted una y mil veces. Este amor no ha subido nunca de mi corazon á mis lábios: yo misma lo juzgaba un sueño, una ilusion, una quimera. Hasta ayer no habia habia hablado nunca á don Luis; no sabia su nombre, y mucho menos si me amaba. Hoy sé que me ama: pero él ignora que yo correspóndo á su amor.

ESCENA ULTIMA.

DOÑA ISABEL. JUANA. DON ANTONIO. DON BERNARDO. *Un momento despues* DON LUIS. RAMON. PEPE.

BERNAR. No lo ignora... Acabo yo de revelárselo.
ISABEL. Ha muerto!
ANTONI. Señor don Bernardo!
BERNAR. (*Introduciendo á don Luis.*) Ya vé que no le engañaba.
LUIS. Y sin embargo...
BERNAR. Hemos luchado en todos los terrenos y en todos he sido vencido. No tiene usted la culpa, no; la tengo yo que he sido ciego y porfiado. Para ser esposo feliz, creí suficiente haber obtenido el consentimiento de un padre y la resignacion de una niña, y no me cuidé de ir ganando el corazon de una mujer. Encontré lo que no merecia, pues Isabel ha sido generosa hasta el sacrificio: hemos llegado al borde de un abismo, y en

el hubiéramos caido sin que desplegára sus lábios. Usted, Andrade, ha llevado su delicadeza hasta un estremo que solo comprende un caballero; y, despues de haber puesto en mis manos su vida, me sacrificaba sus esperanzas con una abnegacion sin par. Tambien usted, señor de Sandoval, ha querido darme el tesoro mas preciado que poseia... Todos para mí han sido buenos... Haré yo mucho quitando obstáculos á la dicha de los que por mí tanto han hecho?

RAMON. Pobre coronel!

BERNAR. Todos están tristes: todos callan.

ANTONI. Todos padecemos.

LUIS. Yo debo...

BERNAR. Usted me ha prometido formalmente no pronunciar ni una palabra. Señor don Antonio, su hija de usted ama á don Luis, que tiene diez años menos que yo y un corazon mas noble que el mio; usted gana en el cambio todo lo que yo pierdo: no hablemos ni una palabra mas en el asunto. Perdóneme usted, Isabel, los disgustos que la he causado, en gracia de la felicidad que la proporciono: y usted Isabel, y usted Andrade, concédanme la última gracia que pienso pedirles.

RAMON. Lloras, Pepe? Dame la mano. Tú tambien tienes corazon.

BERNAR. Quisiera poseer, amigos mios, ese ramo de rosas blancas... (*Isabel se desprende el ramo. Don Luis lo toma y lo presenta á don Bernardo.*) Gracias, Isabel: gracias, Andrade... El cielo os haga muy felices.

LUIS. Coronel!

ISABEL. Don Bernardo!

BERNAR. Adios.

RAMON. Aquí estoy yo, mi coronel.

BERNAR. Tú siempre conmigo.

RAMON. Hasta la muerte.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 16 de Setiembre de 1851.

Aprobada menos lo tachado y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

NOTA. La impresion de este drama se ha hecho omitiendo lo que la Junta de Censura ha tachado en el original, de modo que debe ponerse en escena tal como está impresa.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.



Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta Córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
La nueva Pata de Cabra.
A quien Dios no le dá hijos....
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger,
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A GRANDE ORQUESTA.

Tribulaciones!!!
El Sacristan de San Lorenzo.
El Duende.
El Duende, segunda parte,
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y Soldados.
Tramoya.
Gloria y Peluca.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura completa del Duende para piano y canto.
Cancion de la Jardinera, de id.
La cancion del Duende, id. id.
Polka burlesca, id. id.

OBRAS.

En los mismos puntos se hallan de venta.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.



TOMANDO LA COLECCION COMPLETA **50** POR **100** DE REBAJA.

En Madrid: en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo, y Rios, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Manuel Contilló.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almaden. . .	Felix Quiroga.
Almería. . .	Sres. Vergara y compañía.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Salvador Gonzalez Herrero.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz
Avila.	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Sres. Fdez. y Larramendi.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Hidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud.. .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena.. .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	Juan José Sischká.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Miguel Perez.
Guardamar. .	Sres. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Franc. de Galvez Palacios.
Huesca. . . .	Bartolome Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Camilo Boix.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	D. Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Felipe La-Corte.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Motril	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	Manuel Gomez Novoa.
Oviedo. . . .	Rafael C. Fernandez.
Palencia.. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Juan Guasp.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Plasencia.. .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Marcos Fernandez Lopez.
Ronda. . . .	Moreti y Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. . .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.





